

nes del convenio de Londres, ni tampoco á los preliminares de la Soledad; solo si creyó que la proteccion concedida por el Conde de Lorencez al general Almonte era incompatible con la permanencia de las tropas francesas en Tehuacan; en lo cual tenia razon. Mr. de Saligny declaró explícitamente, que los representantes de Francia debian proteger á los emigrados mejicanos, añadiendo que el buque que llevó á su bordo al comandante del cuerpo expedicionario y á su Estado mayor, habia esperado cuatro dias al general Almonte por orden del Emperador.

El Almirante repitió que se reservaba la interpretacion del tratado de Londres, y que desde luego aceptaba toda la responsabilidad; añadiendo que este derecho pertenecia igualmente á cada uno de los comisarios, sin que esto pudiese ligar en manera alguna á los Gobiernos que concluyeron aquel convenio.

Al oír esta singular declaracion, se levantó el Conde de Reus, y manifestó que, siendo cada uno libre de interpretar á su manera el convenio de Londres, él por su parte consideraba la conducta de los franceses como una infraccion solemne de aquel tratado, y estaba resuelto á retirarse del país con las tropas de su mando; porque ni queria oponerse con las armas á la resolucion de los franceses, ni podia ser pasivo espectador de una lucha inmotivada entre estos y los mejicanos.

Desde aquel momento la conferencia estaba terminada; pero el Conde de Reus no quiso retirarse sin pedir antes á Mr. de Saligny explicaciones sobre un hecho personal. El diplomático francés habia dicho al coronel Menduiña, gobernador de Veracruz, y al Sr. Cortés, cónsul de España en el mismo puerto, que si el general PRIM censuraba el proyecto de una monarquía en Méjico en favor del Archiduque, era porque él mismo aspiraba á la corona de Emperador de aquel país, habiendo llegado hasta á declarar que poseia la prueba de lo que anunciaba. El Conde de Reus protestó enérgicamente contra semejante acusacion, y exigió de su colega que se explicase sobre el particular, añadiendo que una version tan absurda en boca del público no tendria importancia alguna; pero que viniendo de Mr. de Saligny, adquiria un carácter en alto grado grave, y por último, que si la prueba de esto existia, le fuese presentada.

El comisario francés dijo que recordaba en efecto haberse expresado en este sentido; pero no hizo más que repetir lo que se decia públicamente. Las pruebas á que se referia eran en primer lugar una carta, de la cual tuvo conocimiento tambien el Almirante, y escrita por una persona afecta en sumo grado á la candidatura del Conde de Reus para el trono de Méjico.

Pobres fundamentos eran estos para que un hombre sério se atreviese á sostener una acusacion tan grave; pero ello es que la especie, aunque absurda, corrió muy acreditada, y como la maledicencia siempre deja rastro, todavía hoy no falta quien admita como cosa cierta la maligna suposicion del representante francés. Hablando del particular en el Senado, el Conde de Reus se expresó en estos términos:

“La ocasion no se podia presentar más redonda para haber realizado mis planes de ambicion personal, si yo hubiese abrigado esos planes, los de hacerme rey de Méjico..... Esta idea, que echó á volar mi buen colega el Sr. de Saligny, hizo su efecto más en Europa que en Méjico, sin duda por el efecto óptico con que se ven los objetos á larga distancia; y en prueba de que el Conde de Reus tiene esos planes de ambicion, decian algunos, ahí está *El Eco de Europa*, periódico que se escribe bajo sus inspiraciones. *El Eco de Europa* iba de boca en boca; y sin embargo, son muy pocos los que lo han leído..... ¿Y cuál era la política y tendencias de *El Eco de Europa*? Las tendencias y la política aliadas, ni más ni menos; y reto á quien me pueda presentar una sola línea que no esté conforme con la política aliada. Pero lo que avivó las sospechas de algunos, fueron las alabanzas que *El Eco de Europa* hacía de mi persona. Por ejemplo, hablando de los españoles y de sus cualidades como hombres de guerra, decia que el Conde de Reus era un hombre valeroso, muy valeroso. ¡Vaya una novedad! ¿Hay acaso algun español que ignore que el Conde de Reus ha sido y es un buen soldado? Pues si me quitan eso, ¿qué me queda? Los periódicos de España ¿no lo han preconizado una y otra vez en cantos patrióticos, cuando ha habido ocasion de ello? Los mismos periódicos de Francia ¿no lo han dicho tambien, mientras he sido santo de su devocion?

¿Y qué más decia *El Eco de Europa* de mi persona? Que yo era entendido en materia de guerra, que era un hombre de buena educacion, un hombre suave y de ideas liberales. Pues si todo eso es verdad, ¿por qué no habia de decirlo *El Eco de Europa*, cuando su objeto era dar á conocer á los mejicanos al General en jefe de las tropas españolas, para que tuvieran más confianza en él y en el Gobierno que le enviaba?

Pero hubo algo más: una idea fué la que hizo sospechar más todavía, y esa idea fué la de que el Conde de Reus, no sé en qué edad, hubiera sido un semidios, y que en la Edad-media hubiera creado una dinastía de reyes. Pero yo pregunto: ¿se puede tomar eso en sério? ¿Adónde están los semidioses en el siglo en que vivimos? ¿Estamos tampoco en aquellos tiempos, en que los señores tenian derecho de

honra y vida sobre millares de esclavos, saliendo de sus castillos armados de punta en blanco, para conquistar otros castillos y crear reinos é imperios? Pues si no estamos en el siglo de los semidioses, si de aquellos caballeros no restan más que sus abolladas armaduras, y de los castillos no quedan más que las ruinas, ¿se puede tomar por lo sério una cosa, que no pasa de ser una figura retórica de que el autor se vale para engalanar su escrito?

La verdad es que el Conde de Reus no ha abrigado tales ambiciones; porque tiene suficiente entendimiento para no concebir semejantes ideas. Recuerdo con este motivo lo que me dijo un augusto soberano, hace algunos años, á propósito de ciertas ambiciones que se suponian á un elevado personaje. Decia el Príncipe con mucha gracia: "Si nosotros, que nos hemos mecido en la cuna de cien reyes, apenas nos sostenemos en el trono, ¿qué ha de suceder á los que no han nacido en tan alta cuna?,"

Ahora bien: si yo creia que en Méjico no habia monárquicos para favorecer la causa del Archiduque de Austria, que es un príncipe ilustrado y de sangre real; si yo combatia el establecimiento de la monarquía en Méjico, porque en mi concepto no hay allí monárquicos, ¿podia figurarme que habia monárquicos para mí? No, señores. Además no soy cosmopolita: soy español de pura raza; y como el cetro de Méjico me habria obligado á vivir en aquel país por lo menos, si todos los mejicanos juntos me lo hubieran ofrecido, les habria dado un millon de gracias, sin aceptar el ofrecimiento, prefiriendo ser Ingeniero general y Senador del reino en España, y perseguir jabalíes, como García del Castañar, en los montes de Toledo.

Pero, ¿á qué he de ocuparme más tiempo en rechazar lo que es verdaderamente un absurdo, cuando la mejor justificacion es mi conducta? ¿Me habria vuelto de Méjico si hubiera abrigado tales ideas? Ciertamente que no. Por eso he dicho que no se me podia presentar ocasion más redonda..."

VI.

Terminada la conferencia, el general PRIM no vaciló un momento en disponer los preparativos de marcha; y convocando á los jefes de su division, les comunicó lo que habia resuelto, haciéndoles una breve reseña de todo lo ocurrido con los

franceses , y de los motivos que le impulsaban á separarse de ellos y de su política aventurera. “Nosotros , les dijo por último , no podemos adherirnos á esa política ; porque España no es una nacion que se deja remolcar á voluntad de nadie : no debemos oponernos con la fuerza á esos proyectos ; no debemos autorizar con nuestra presencia el quebrantamiento de todo lo que se ha convenido ; no podemos tampoco ser pasivos espectadores de una lucha entre los franceses y los mejicanos : debemos , pues , retirarnos de este país , dejando al mundo que juzgue de nuestra conducta , y de la que nos obliga á tomar esta resolucion. „

Firme en este propósito , el Conde de Reus pidió al general Serrano buques , y en la confianza de que se los enviaria , dictó las órdenes oportunas para la concentracion y reembarque del ejército expedicionario.

Entre tanto , los plenipotenciarios dirigieron al Gobierno mejicano una comunicacion participándole el resultado de la conferencia de Orizaba , y diciéndole :—“Por consiguiente , el Comandante de las fuerzas españolas va á tomar inmediatamente las medidas necesarias para reembarcar sus tropas.—El ejército francés se concentrará en Paso-Ancho , tan luego como las tropas españolas hayan pasado de esta posicion , es decir , probablemente hácia el 20 de Abril , comenzando en el acto las operaciones. „

Luego veremos que los franceses , faltando á esta promesa , que era una condicion indeclinable del convenio de la Soledad , avanzaron sin retroceder antes á Paso-Ancho.

El Gobierno de Juarez contestó á los plenipotenciarios con una comunicacion fechada el 11 de Abril , en la que se leian estos párrafos :

“Siente profundamente el Gobierno mejicano , que un suceso tan inesperado impida que los señores Comisarios cumplan las estipulaciones tan solemnemente pactadas en los preliminares de la Soledad , ya porque esa falta afecta al crédito de las partes contratantes , ya porque el Gobierno se lisonjeaba con la probable esperanza de que las negociaciones que iban á abrirse en Orizaba conciliarían todos los intereses , y producirían el bien inestimable de la paz , objeto capital de los trabajos del Gobierno constitucional.—Sin embargo , como Méjico sabe apreciar en todo su valor la conducta noble , leal y circunspecta de los señores Comisarios de la Inglaterra y de la España , y como su deseo es apurar los medios conciliatorios , y arreglar definitivamente sus relaciones exteriores con las potencias amigas , está dispuesto á entrar en tratos con los señores Representantes de la Gran Bretaña y de la España , no obstante

lo ocurrido el día 9; pues ahora, como antes, tiene la misma voluntad para satisfacer cumplidamente todas las reclamaciones justas de aquellas naciones, darles garantías eficaces para lo futuro, y reanudar las relaciones de amistad y de comercio que con ellas ha llevado, sobre bases firmes, francas y duraderas.—En cuanto á la injustificable conducta de los señores comisarios franceses, el Gobierno mejicano se limita á repetir esta vez lo que ya en otra ocasion ha protestado. Méjico hará justicia á todos, y satisfará todas las peticiones justas y fundadas en el derecho de gentes; pero defenderá hasta el último extremo su independendencia y soberanía, y sin aceptar jamás el papel de agresor, que nunca ha tenido, repelerá la fuerza con la fuerza, y defenderá, hasta derramar la última gota de sangre mejicana, las dos grandes conquistas que el país ha hecho en el presente siglo: la independendencia y la reforma.,

Esta digna respuesta del Gobierno mejicano proclama el triunfo moral de España obtenido por el Conde de Reus; quien sin verter una gota de sangre, cumpliendo lealmente los compromisos de honor contraídos en nombre de las tres potencias aliadas, y oponiéndose á la opresion injusta de un pueblo libre, alcanzaba de ese pueblo todo cuanto podia exigírsele, y ganaba su amistad.

Mientras se desenvolvian estos acontecimientos, ocurrió un desgraciado incidente, preludio de las sangrientas catástrofes que debia ocasionar en Méjico la desatentada política francesa. El general mejicano Robles Pezuela, que ya en tiempo anterior habia militado en el partido reaccionario, se hallaba en la capital de la República cuando los aliados llegaron á Veracruz: como sus relaciones con el Conde de Saligny eran muy conocidas, el Gobierno sospechó de él, y le mandó ir de cuartel á un punto determinado; pero no conviniendo esto á sus miras, pidió ir á otra parte, dando su palabra de honor de no moverse de allí sin conocimiento del Gobierno.

Un día, el desgraciado Robles Pezuela desapareció del punto que se le habia señalado, y marchó á reunirse con los franceses, que estaban en Tehuacan: cerca de esta ciudad le encontraron disfrazado las tropas del Gobierno; le prendieron, y fué juzgado sumariamente por un consejo de guerra.

En cuanto se supo en Orizaba la noticia de la prision de Robles, el general PRIM y los comisarios ingleses intercedieron en su favor, haciendo todo lo que pudieron para salvarle; y como entónces se hallaban en aquel punto los ministros de la República, Gonzalez Echevarria y Teran, pudieron conseguir de ellos una orden para que

se suspendiera la ejecucion , en el caso de que el preso fuera sentenciado á la última pena. La órden fué escrita por el señor Teran en casa del Conde de Reus, quien la cerró, selló y entregó al correo extraordinario que debia llevarla, y el señor Gonzalez Echevarria dió á este una onza de oro para que anduviese más de prisa. Pero el camino estaba muy malo , la noche era lluviosa , y ya fuese por imposibilidad material, ya por accidente casual, la órden llegó tarde á su destino : dos horas antes, Robles Pezuela habia dejado de existir.

Dispuesto ya el general PRIM para retirarse, convino con los comisarios franceses en que el dia 20 de Abril pasaria él por Paso-Ancho con el resto de sus fuerzas , y que el 21 podrian ellos avanzar sobre la posicion del Chiquihuite , si los mejicanos la defendian, como era de presumir. En efecto , el dia 18 pasó por Orizaba el general mejicano Zaragoza con dos batallones y una batería , pidiendo antes la venia del Conde de Reus , porque era su ánimo seguir el movimiento retrógrado de los franceses, para ir ocupando las posiciones que pensaba defender.

El 19 por la tarde estaba esperando el general PRIM al ministro Doblado, que habia ofrecido venir para hacer tratados con los plenipotenciarios inglés y español, cuando recibió la noticia de que los franceses, léjos de retirarse á Paso-Ancho, segun estaba convenido , avanzaban sobre Orizaba. Era esto tan extraordinario , tan incomprendible , que el general PRIM no quiso creerlo en el primer momento ; pero desgraciadamente la noticia era cierta : sin duda, los franceses habian recibido ya de París la órden de su Gobierno desaprobando los preliminares de la Soledad , lo cual, aunque así fuese , no les eximia de la obligacion de comunicarlo al Gobierno de la República; y no solo avanzaban , sino que utilizando los servicios de un traidor, cogieron desprevenido al general Zaragoza , le atacaron por sorpresa y le derrotaron.

A las doce de la noche de aquel mismo dia, recibió el general PRIM una comunicacion de los comisarios franceses, transmitiéndole otra del Conde de Lorencez, que en resúmen decia:—“En adelante solo yo mando aquí : creo que el hospital de Orizaba donde se hallan mis enfermos está en peligro, y voy á su socorro: si Vds. quieren ponerse en salvo, sigan conmigo.”

Al amanecer del dia 20, salió de Orizaba el Conde de Reus con su último escuadron, y á media legua de allí encontró á la division francesa, que marchaba en son de guerra, sable en mano, y carabina amartillada: en cuanto los generales le vieron, sus clarines tocaron alto, y acercándose el Almirante, le dijo:—“Y bien, General?,”

—“¿Y bien, Almirante?,” contestó el Conde de Reus en el mismo tono. Y en esta situación permanecieron mirándose por espacio de algunos segundos.

—“¿Qué ha pasado en nuestro hospital de Orizaba?,” preguntó por último el general francés. El Conde de Reus le contestó en voz muy alta, para que pudiesen oírle su cuartel general y los que iban á la cabeza de la columna:—“Ayer á las cinco de la tarde tuve el honor de visitar vuestro hospital, recorrí sus salones acompañado del jefe de Sanidad, y nada demostraba que hubiera el menor peligro; á las siete, á las nueve y á las once pasé por delante del hospital; la misma tranquilidad: hoy á las cuatro de la mañana he mandado un ayudante de campo, para ver si durante la noche habia ocurrido alguna novedad, y todo estaba tranquilo. Vuestros enfermos en Orizaba están tan seguros como podrian estarlo en los hospitales de París.”

Dicho esto, hizo un saludo militar, y siguió su marcha.

El 22 de Abril salieron de Veracruz las primeras fuerzas españolas en buques ingleses, no habiendo querido el general Serrano enviar al Conde de Reus los que le habia pedido, porque abrigaba ideas muy diferentes respecto á la conducta que, en su opinion, debia seguirse en Méjico. Esto no impidió que el general PRIM llevase á cabo hasta lo último su resolucion, presentándose en la Habana, donde censuró ágricamente el comportamiento que con él habian tenido las autoridades de Cuba. Antes de abandonar el territorio de Méjico, previniendo los ataques de que seria objeto por parte de muchos, quiso explicar perfectamente su conducta á amigos y adversarios, y al efecto escribió varias cartas refiriendo todo lo acaecido: en las que dirigió á sus amigos de Cataluña, se leen los siguientes párrafos:

“Los franceses no creian que yo me atreviera á tomar la resolucion de retirar las tropas. Cuando tal pensaban, no sabian que el Conde de Reus lo sacrifica todo, y todo lo arrostra en aras del decoro, de la dignidad y de la independencia de la patria. Mis instintos militares, mi espíritu belicoso, mi gratitud á las bondades del Emperador, mis afecciones por los bravos franceses, mi ambicion de gloria, todo esto me impelia á quedarme y á aceptar la causa de los franceses; pero como no podia quedarme sin desconocer los generosos y maternales sentimientos de la Reina, sin desconocer las instrucciones del Gobierno, basadas en una política sana, generosa, justa y fraternal para con este país, á pesar de que en mis instrucciones no estuviese previsto el caso de tener que adoptar tan grave resolucion, fuerte en mi conciencia de súbdito leal y de leal español, toqué retirada.

“¿Se aprobará mi conducta por la Reina , por su Gobierno y por el pais? Confío en que sí: me lo anuncia mi alma toda española.

“Hay quien dice que, entre aceptar la política de Francia y marcharse, podia escogerse el término medio de permanecer neutral: esto no era posible sin exponerme á sufrir las consecuencias de las medidas que tomen los beligerantes. Las comunicaciones quedarán interrumpidas, y en muchos casos los franceses tendrán que sacar víveres á tiros: yo tendria que hacer lo mismo, lo que me comprometeria hoy con unos, y mañana con otros.

“¿Qué papel haríamos aquí, contemplando impasibles la falta de cumplimiento de los tratados? *El monarca que suba al trono empujado por las bayonetas extranjeras, no podrá permanecer en él cuando aquellas dejen de apuntalarle.*

“No dudo que los franceses forzarán el Chiquihuite, pues la posicion no vale nada tal como está preparada la defensa, y los soldados franceses son bravos; pero allí empezarán sus trabajos por la dificultad de las comunicaciones.”

VII.

Nunca se vió tan claro el don de prevision de que estaba dotado el general PRIM como en este tiempo y en lo referente en los asuntos de Méjico, pudiendo asegurarse que excedió en perspicacia á los principales políticos de Europa: todas sus predicciones andando el tiempo se cumplieron, y hasta el fin desastroso del Archiduque Maximiliano, digno en verdad de mejor suerte, fué anunciado por él con mucha anticipacion en cartas particulares, que hemos visto, dirigidas á sus amigos.

En cuanto á los franceses, no tardaron en sentir el castigo de su arrogancia y de su vana credulidad. Estando aun en Orizaba el Conde de Reus, el general Almonte dió una proclama á los mejicanos incitándoles á la rebelion contra el Gobierno de Juarez; pero no fué escuchado, y pocos acudieron á su llamamiento; antes al contrario, cuando los franceses desplegaron la bandera monárquica, no hubo ya entre los diversos partidos mejicanos más idea que la de unirse para combatirlos; y en este sentido publicaron manifiestos, algo más tarde, los generales reaccionarios Zu- loaga y Cobos. A pesar del poco eco que la proclama de Almonte encontró en el país, el general Lorencéz, confiado en la bizzarria de sus tropas, avanzó hasta la

Puebla de los Angeles, donde se habia hecho fuerte el general Zaragoza: los franceses fueron derrotados á las puertas de aquella ciudad, el día 5 de Mayo, viéndose obligados á retroceder y á fortificarse dentro de Orizaba, mientras aguardaban poderosos refuerzos de Europa. Los mejicanos solo les prestaron el mezquino auxilio de dos ó tres mil hombres, que con trabajo logró reunir el general Márquez.

Cuando llegó á Europa la noticia de la retirada de las tropas españolas, levantóse un ruidoso clamoreo contra el general PRIM, particularmente en Francia, cuyos periódicos mostraron muy alto el resentimiento del Emperador. Dudábase en España que el Gobierno aprobase la resolucíon atrevida del Conde de Reus, y habia motivos para dudarlo; porque el gabinete O'Donnell, por más que viera en aquella resolucíon una consecuencia lógica de su política y de las instrucciones que habia dado á su representante en Méjico, sin embargo, veíase por una parte acosado por las recriminaciones de muchos hombres políticos, y por otra llegó á temer las consecuencias y las complicaciones que pudiera ocasionar el haber disgustado á la Francia; y ya fuese para dar una satisfaccíon á esta potencia, ya para acallar el clamoreo de los españoles partidarios de la monarquía mejicana, ó ya por ambas causas á la vez, el Consejo de ministros resolvió sacrificar al general PRIM, desaprobando su conducta. El decreto de reprobacion llegó á extenderse, y el general O'Donnell lo llevó á la firma de la Reina, que accidentalmente se encontraba en Aranjuez, no dudando que S. M. aprobaria lo acordado por el Consejo. Pero estaba en un error.

Lo que sucedió entónces ha llegado á nuestra noticia por conducto de un artista que tenia entrada en Palacio, persona de ideas progresistas, aunque ajeno á las luchas de los partidos, el cual tuvo ocasion de presenciar el incidente que vamos á referir; y debemos consignarlo, porque contradice abiertamente cuanto se ha publicado acerca de las ideas y sentimientos que abrigaba la Reina Isabel en este asunto.

La retirada del general PRIM habia entusiasmado á la Reina, que la consideraba como un rasgo magnífico, propio de la dignidad y de la bizarría española. Doña Isabel habia seguido paso á paso los variados incidentes de la cuestíon de Méjico, enterándose de todo con el más vivo interés: habia sabido la última resolucíon del Consejo de ministros, y supo de antemano la venida de O'Donnell y el objeto que le llevaba al palacio de Aranjuez. Esto la puso en gran perplejidad, porque no queria firmar el decreto reprobando lo que aplaudia en el fondo de su corazon, ni

deshacerse del Ministerio, como tendria que suceder, si se negaba á firmar, pues era lo mismo que retirarle su confianza. En aquel conflicto, se valió de un ardid ingenioso para salir del paso.

Ya estaba el general O'Donnell en Aranjuez: ya subia las escaleras de Palacio, cuando le salió al encuentro el Rey consorte, y saludándole con muestras de grande alegría, le dijo:

“Bien venido seas. La Reina te espera impaciente. Suponemos que vendrás á felicitar nos por el gran acontecimiento de Méjico. PRIM se ha portado como un hombre. Ven, ven: la Reina está loca de contento.

Con natural sorpresa debió de oír el general O'Donnell estas palabras, no pudiendo desconocer lo que significaban; pero, prudente y reservado, guardóse bien de revelar la menor contrariedad, y con su habitual sonrisa en los labios, siguió al Rey hasta la estancia donde se hallaba la Reina. Lo que allí pasó no es fácil averiguarlo, aunque se infiere de los antecedentes y de las consecuencias. El presidente del Consejo no dió cuenta del decreto que llevaba, ni hubo de necesitar esforzarse para explorar el ánimo de S. M. y saber todo lo que pensaba y queria: ni siquiera es de presumir que mediase discusion alguna, como no fuese para concertar el modo de quedar bien con el Emperador de los franceses.

El Duque de Tetuan volvió á Madrid, convencido de que la Reina estimaba en mucho el comportamiento del general PRIM, y el Gobierno hubo de reflexionar que, desaprobándolo, se ponía en contradiccion consigo mismo, y obraria con poca dignidad. Decidióse, por consiguiente, á sancionar con su aprobacion lo hecho por el Conde de Reus, y presentó á las Córtes todos los documentos relativos á la cuestion de Méjico, disponiéndose á arrostrar los embates de las oposiciones, que de todas partes y en el seno mismo de la Union liberal se levantaban.

En el Congreso y en el Senado hubo acalorados debates, que á nada bueno conducian. Moderados, progresistas y unionistas de pura raza parecian haberse concertado para dirigir graves cargos y recriminaciones al Gobierno, juzgando unos los hechos segun su criterio, y dejándose llevar otros del espíritu de ciega oposicion, sin mas mira que la de quebrantar al Ministerio. En el alto Cuerpo llevó la bandera el Marqués de Novaliches, acérrimo contrario de la política observada por el general PRIM en Méjico. En la Cámara popular pretendió demostrar D. Salustiano Olózaga, que el Gobierno, teniendo conocimiento de los planes de la Francia, estaba dispuesto á apoyar cualquier candidatura que no fuese la de un principe español al trono

mejicano. Amontonando cargos, censuró el que no se hubiesen dado al jefe de la expedición los medios necesarios; pintó la situación apurada en que se le había puesto, enviándole, decia, órdenes contradictorias é imposibles; y llamó la atención sobre la actitud del espíritu público, que en la empresa de Méjico no vió un motivo de alegría, sino en la retirada de las tropas españolas, temiendo, si seguían allí, nuevas calamidades por las torpezas del Gobierno. Pero concluyó su discurso con una tirada de efecto, que no dejaba ciertamente al general PRIM en el lugar que le correspondía.

“Sabed, dijo el orador progresista, que el pueblo español no puede considerar como contrario á su dignidad ni á sus derechos lo que solo es imputable á vosotros; porque á él no se le engaña; porque él tiene prevision más que vosotros; él, que tiene confianza en sí mismo para no necesitar de nadie, cuando torpes ministros le entregan á lances tan desesperados: sabed que si ahora habeis faltado, no sé cómo á la Francia, porque todavía eso está sin explicacion, *habeis debido vuestra salvacion á Inglaterra*, que os ha seguido en esto, aun cuando no tenia vuestros intereses ni vuestras miras, y el pueblo español no puede tener ministros ciegos, para que Inglaterra les saque del mal paso en que han debido caer.”

El lector, que está en antecedentes de esta cuestion, sabe si el Gobierno español habia debido su salvacion á Inglaterra. Gonzalez Bravo fué otro de los oradores que terciaron en el debate, en nombre de la minoría moderada. Rios Rosas, que se habia comprometido á callar, rompió tambien los diques á su elocuencia impetuosa, pero desviando sus tiros del Ministerio para dirigirlos á la democracia. En fin, hablóse mucho y sin provecho, quedando reducido todo á ruido y palabras.

Con más pasión y encono se trataron, casi al mismo tiempo, los asuntos de Méjico en el Cuerpo legislativo francés, donde el orador demócrata M. Julio Fabre pronunció un notable discurso, que habria sido aterrador para el Gobierno imperial, si aquel diputado hubiese conocido todos los antecedentes de la cuestion. Pero el Gobierno solo presentó á la Cámara los documentos que le convenian; sus periódicos habian extraviado la opinion en Francia, donde no se veían las cosas sino bajo el prisma del orgullo nacional, y las mismas oposiciones participaban del injusto resentimiento que contra el general PRIM y contra España se abrigaba en las esferas oficiales. El ministro imperial M. Billault acabó de perturbar el buen sentido de los franceses con un discurso artificioso é inconveniente, en el que, faltando á la verdad histórica, para sobreexcitar los ánimos y encubrir el gravísimo error que habia co-

metido el Gobierno, atacó duramente al Conde de Reus, sin atreverse á reñir con los ingleses.

Las relaciones entre España y Francia se resintieron á consecuencia de estos sucesos : sin llegar á un rompimiento declarado, el Embajador imperial en Madrid se retiró, y lo mismo hubo de hacer el Sr. Mon, nuestro representante en París : pero fué nombrado en su lugar el general D. José de la Concha, que no encontró dificultades para ser recibido en la corte de las Tullerías, toda vez que llevaba la misión de dar explicaciones satisfactorias.

El Marqués de la Habana presentó sus credenciales el día 13 de Agosto, y al dar cuenta de aquel acto al Gobierno español, no pudo menos de llamar su atención hacia algunas frases del discurso de contestacion del Emperador, y sobre la circunstancia de que este discurso habia sido leído ; “circunstancia, añadía el Embajador, que aumentó á mis ojos la importancia de las palabras del Emperador, puesto que se comprendía que á todas ellas habia querido dar una marcada significacion : pero á pesar de ello, y atendiendo al sentido en que deben tomarse aquellas palabras, creo que aun pueden sin grave dificultad restablecerse las relaciones bajo un pié de buena inteligencia, siguiendo una política digna, por su franqueza, del Gobierno de S. M. y de la nacion que representa.”

Necesario era, en efecto, armarse de dignidad ; porque el discurso del Emperador fué considerado en España como una amenaza, y excitó manifestaciones de patriotismo en la prensa española, que fueron mal vistas al otro lado de los Pirineos. Nuestro ministro de Estado creyó necesario pedir explicaciones, y á este fin dijo al Embajador en París lo siguiente :

“No se ocultará seguramente á V. E., que algunas de las frases usadas en el discurso del Emperador han debido causar tanta mayor sorpresa al Gobierno de S. M., cuanto menos podia esperarlas, atendida la contestacion pronta y cordial con que anunció que seria V. E. recibido antes del 15 del corriente.—El Gobierno de la Reina no puede pasar en silencio las palabras del mencionado discurso, en las que se consigna que *“de la Reina de España depende solo el conservar un aliado sincero y leal en S. M. imperial.”* Esta frase ha causado grande y profunda sensacion aun en las personas que más anhelan conservar las más íntimas y amistosas relaciones con Francia ; y seria de desear que por parte del Emperador se dieran explicaciones que no dejaran duda alguna acerca de su verdadera significacion.—Es esto tanto más necesario, cuanto que así podrá el Gobierno de S. M. continuar con completa liber-